

Paisajes y espacios interiores en la poesía de Gandiaga

Pienso que junto a Josean Artze, Bitoriano Gandiaga es el poeta vasco que con más esmero ha elaborado lo que Gaston Bachelard ha denominado “fenomenología de lo redondo” y “topofilia” o el estudio “del valor humano de los espacios de posesión, de los espacios defendidos contra fuerzas adversas, de los espacios amados”, en una poesía grávida de nidos, cabañas, rincones y demás alveolos.

La casa, reiteradamente evocada, desempeña, sin duda alguna, el papel de eje central donde se gestará su poesía. El caserío Orbelaun de Mendata como otras tantas casas tradicionales vascas constituye un lugar de culto. «“La casa” como hecho cultural y en este caso “etxea”, como hecho cultural vasco no es algo-que-está-ahí, algo que pertenece al paisaje, bien que humanizado, es también y primordialmente, algo-que-está-en-nosotros, algo que pertenece a nuestro universo mental y afectivo» (Ander Manterola: *Euskaldunak*). «El *etxe* es tierra y albergue, templo y cementerio, soporte material, símbolo y centro común de los miembros vivos y difuntos de una familia. Es también la comunidad formada por sus actuales moradores y por sus antepasados» (J. M. de Barandiarán: *Mitología vasca*). Los valores tradicionales que aprendió en el caserío de Orbelaun serán los guías espirituales que le acompañarán durante toda su vida y uno de sus primordiales materiales poéticos.

Y a modo de prolongación de la casa natal, “La Casa de la Virgen Madre”, el convento de Aránzazu, que bien puede participar de las virtudes de un cofre: «En el cofrecillo se encuentran las cosas *inolvidables*, inolvidables para nosotros y también para aquellos a quienes legaremos nuestros tesoros. El pasado, el presente y un porvenir se hallan condensados allí. Y así, el cofrecillo es la memoria de lo inmemorial [...] La vida íntima conoce aquí una síntesis de la Memoria y de la Voluntad; aquí está la *voluntad de hierro* no contra el exterior, contra los otros, sino allende de toda psicología de lo contrario. En torno de algunos recuerdos de nuestro ser, tenemos la seguridad de un *cofrecillo absoluto*» (Gaston Bachelard: *La poética del espacio*).

En *Elorri* (“Espino”, 1962) al lado del convento-cofre nos encontraremos con otro recinto igualmente secreto, el nido, esa pequeña muralla instalada en el mundo, pero no contra el mundo.

En cierta ocasión tuve la oportunidad de escuchar a José Angel Valente señalar que el artista no penetra en la materia del mundo sino que tiene que ser penetrado por ella, tiene que vaciarse de su yo, crear en su interior un vacío para que el universo pueda manifestarse en él porque si su interioridad está ocupada por su ego jamás será transparente, eso es lo que hace el místico. El tono místico de *Elorri* le permitirá modelar a Gandiaga espacios interiores memorables.

La imagen de una concha preside la plaqueta *Denbora* (“Tiempo”, 1996) o el paso de la huella del tiempo.

Conversemos, Bitoriano,/ sobre tu ventura fatal,/ eres un atormentado,/ un vizcaino oscuro de piel;/ eres apasionado en tus deseos/ y limitado en tus afanes;/ por desgracia, te pareces/ a la madera que se quema en vano.

Nada más nacer la frustración/ te tomó por hijo,/ desde entonces no has conocido/ otro padre;/ deseo e imposibilidad/ es lo único que has recibido;/ el esfuerzo inútil/ es tu única suerte.

Entre otras muchas cosas/ el desequilibrio
es una de ellas,/ no puedes adaptarte en
ningún sitio/ a la medida de tus gustos;/
eres un huevo sin cáscara/ sobre las rami-
llas del nido,/ incluso una gallina te puede
lastimar/ con sus suaves plumas.

Otra serie de lugares en los que anida pertenece al apartado de la mitología. Las espinas de su primer libro de poemas son consustanciales a la vida misma y, en consecuencia, el poeta las aceptará, e incluso, las acariciará. En cambio, en su segundo poemario, *Hiru gizon bakarka* (“Tres hombres solos”, 1974) el autor, remedando al erizo, enarbola sus púas contra la realidad hostil, al mismo tiempo, que se enrosca de dolor hacia su interior en busca de un refugio, refugio que hallará en las formas estéticas de la mitología vasca.

Junto a los gentiles podemos descubrir numerosos dólmenes a lo largo de la topografía humanista del poeta, a los que ha llegado a calificar en *Denbora galdu alde* (“A favor del ocio”, 1985) como algunos de los escasos hallazgos conseguidos en su bastante extraviado “curriculum vitae”.

He aquí otros dos huecos de signo positivo, uno cenital, otro pétreo-telúrico, del poemario *Elorri*, que bien puede ser definido como paisaje del alma:

Gatzez et'eztiz ondua/ -katillu-esne on bat lez-/ egur zaar eta lore barrizko/ giroa dabil, arkaitzez. (Elorri, pág. 39) (Entre las rocas, se respira un ambiente/ de madera antigua y flor renovada,/ sazonado con sal y miel/ -como una buena taza de leche-.)

Zeru-Osin unbillu, odei banakatuz. (Elorri, pág. 251) (Cielo-Pozo cóncavo, con nubes diseminadas.)

La poesía de Bitoriano Gandiaga es de carácter introvertido. Su movimiento principal se dirige de fuera hacia dentro, así lo corroboran los versos replegados de *Elorri*. O el templado *Gabon dut anuntzio* (“Anunciación de la Navidad”, 1986), en donde el poeta nos recordará que “kanpoa ilundu ahala, barrua doa argituz hemen” (pág. 25), “a medida que el exterior va adquiriendo tonalidades oscuras, el interior se ilumina”.

Pero no todos los huecos de su poesía son un remanso de paz, así lo corroboran los vacíos existenciales y desgarrados de *Hiru gizon bakarka*, forjados al mismo tiempo que Oteiza esculpía, o el ambiente de resignación y desesperación que impregna a *Denbora galdu alde*. En ambos poemarios la dialéctica entre lo externo e interno se sucede continuamente, la tensión y el antagonismo son latentes en un poemario, en donde, al igual que en otros libros del autor, subyace el enquistado problema de la identidad. Dentro de este ambiente depresivo hay un lugar para el humor, un humor agrio, en donde el autor se parodia animalizándose o transfigurándose en una serie de imágenes despiadadas.

La contraposición entre espacios positivos y negativos es algo habitual en *Uda batez Madrilén* (“Un verano en Madrid”, 1977).

Sensaciones, planos intercalados y gamas de diferentes tonos irán configurando el estremecedor mosaico, “des-escalando” la pared del poema *Arratsaldea, kolore gorriz* (*Hiru gizon bakarka*, pág. 137) [*La tarde, en tonos rojizos*], en donde el poeta camina lentamente, pero, a paso seguro hacia su intimidad.

Por otra parte, debemos de subrayar que Gandiaga posee el don de crear espacios a través del lenguaje, en concreto a través de los adjetivos, su especial sintaxis y los adverbios de lugar intensificados.

Con respecto al adjetivo, Juan Mari Lekuona ha afirmado que tras la lectura de la tesis doctoral de Joan Otaegi *Adjetiboa euskal literaturan* (“El

No eres capaz de rebelarte/ con rotundidad
contra nadie;/ aunque te sulfures por
la rabia/ no quieres hacer daño a nadie;/
te inflamas/ como la yesca,/ buscas consu-
mirte contra ti mismo/ silencioso y firme.

adjetivo en la literatura vasca”) no le cabe duda alguna: Gandiaga es el poeta vasco que mejor ha empleado el adjetivo. Y no es de extrañar, pues su poesía se halla sembrada de particularidades.

Acerca de los dos aspectos restantes, podemos afirmar que la “sintaxis-crónlech” del poeta de Mendata se caracteriza por estar poblada por palabras-refugio o recintos insuflados de vida espiritual y adverbios de lugar intensificados, por miniaturas y grabados, que como un abrazo trenzado por matizaciones acoge al lector en su casa. Esta “sintaxis-crónlech” puede traducirse en un modo de expresarse implícito, en un estilo basado en una serie de recovecos y esarceos, susceptible de interpretaciones variadas. Todo ello le confiere un tono reticente, por un lado, pero, por otro, al hacer uso del lenguaje coloquial y de elementos pertenecientes al acervo de la literatura oral nos invita a participar en un ambiente de conversación y confianza.

Me gustaría también realizar alguna apreciación en torno al tratamiento del poema. El poeta de Mendata pertenece al mundo antiguo (“ni antzinakoa naiz”), así lo ha confesado más de una vez, a un mundo que va desapareciendo paulatinamente, en palabras de J.M. Barandiarán, es decir, al ámbito rural. Esta perspectiva, que desde el punto de vista del progreso puede tildarse de algo anacrónica y obsoleta, permitirá a Gandiaga acercarse al poema despojado de todos los prejuicios que la civilización nos va imponiendo inexorablemente, con los ojos limpios y “ver cosas que los demás no vemos” (como ha dicho el filósofo Joxe Azurmendi sobre *Uda batez Madrilén*).

Para finalizar, quisiera recalcar lo siguiente: Bitoriano Gandiaga, que siempre ha rechazado cualquier manifestación de folclorismo vacío, es autor de una amplia iconografía poética de raíces populares, simbolista y colorista en el camino de una estética basada en la ruptura y la creación de formas asimétricas y humanista al mismo tiempo. Sus paisajes y espacios interiores nos remiten una y otra vez a esta intimidad, que libro a libro va quedando fortalecida.

No me gusta en absoluto/ como hemos
construido este mundo,/ hemos atrapado
en la red al ser humano,/ en leyes ilegítimas
al animal;/ hemos conseguido que resulte
imposible/ alcanzar la libertad;/ entre tan-
tas cadenas y riendas/ no me puedo resig-
nar.



Nadie me alejará/ de mi deseo de ser
demente,/ me parece extraordinario/ por-
que me puedo librar de la razón;/ oh locu-
ra, domíname,/ desnúdame con arrogancia,
para que pueda burlarme sin miedo/
de los caminos habituales que la ley nos
impone.